

razón por la que puede considerársele como una transformación característica que la lengua helénica sufrió gradualmente en el mismo suelo de Grecia. Parece más que probable, que no sólo los Jonios, sino también los antiguos Aquéos, que, según las tradiciones genealógicas, eran hermanos de aquellos, hablaron este dialecto sin introducir en él grandes alteraciones; así se explica fácilmente que los Aquéos emplearan para celebrar las hazañas de sus héroes un dialecto que, aunque en muchos puntos se separaba del jónico, guardaba, sin embargo, con él mucha analogía ¹⁾.

El rápido bosquejo histórico que acabamos de hacer de los dialectos griegos, nos permite prever ya los elementos esenciales que, más tarde, como tendremos ocasión de observar, habían de caracterizar la civilización política y literaria de los respectivos pueblos. Discurriendo, pues, con lógica, debemos esperar ver que las instituciones y costumbres de los Dorios y de los Eolios estaban basadas en las de los Griegos antiguos; sus dialectos, por lo menos, acusan un apego decidido á conservar las formas primitivas. Ahora bien: como quiera que tanto los unos como los otros muestran en su lengua una predilección marcada por los sonidos abiertos, fuertes y ásperos que conservan con regularidad inflexible ²⁾, no será extraño que encontremos también, hasta en la reglamentación de la vida pública y privada de estos pueblos, claras pruebas de su respeto á las antiguas costumbres. Los Jonios, por el contrario, muestran ya en su dialecto cierta inclinación á cambiar las formas antiguas, sin más norte que el gusto y el capricho del momento, y tendencias á embellecer y perfeccionar su idioma, que contribuyeron mucho, sin duda, á que el dialecto jónico, aunque más moderno, fuera el primero que cultivaran los poetas ³⁾.

¹⁾ [Pausanias, 2, 37, 3 asegura que los Argivos aquéos hablaban, antes de la expedición de los Heráclidas, la misma lengua que los Atenienses. Estrabón, por el contrario, 8, p. 334 considera á los Aquéos como de raza eólica. Véase, Eurípides *Œon.* V. 63 y Píndaro *Nem.* II, 35.]

²⁾ [Principalmente la aspiración labial en la prótesis.]

³⁾ [En la variedad de los dialectos griegos hay que tener también en cuenta como factores importantes, no sólo la influencia de la diversidad de comarcas, pues sabido es que en los países montañosos las lenguas son más rudas, al paso que á la orilla del mar son más flúidas y más melódicas, sinó que también el influjo de los primitivos habitantes de las comarcas colonizadas por los Griegos y el de los vecinos de aquellos. Así no cabe duda alguna, por ejemplo, de que el carácter dulce y apacible del pueblo lidio, se refleja hasta cierto punto en el dialecto jónico.]

CAPÍTULO II

La religión primitiva de los Griegos

Después de la lengua la primera manifestación de la actividad intelectual del hombre es la religión; la cual, por consiguiente, ejerce sobre todas sus demás actividades grandísimo influjo. Por precoz que en ciertos pueblos haya sido el nacimiento de la poesía, que tan poderosamente inspiró á las edades primitivas que no cultivaron otras artes, siempre la ha precedido la religión; así en tanto que no hay un solo pueblo que en época alguna haya dejado de tener idea de la existencia de seres supremos y de su poderosa influencia sobre el destino del hombre, hay muchos que han carecido en absoluto de cantos ó de tradiciones poéticas. Es evidente que la Divina Providencia dió desde su origen á la humanidad lo que la era más indispensable, sembrando entre todos los pueblos de la tierra destellos de esa luz celeste que un día había de brillar con el más sublime esplendor.

Y erran, pues, los que creen que los cantos de Homero, sólo porque pertenecen al primer período de la poesía griega, son monumentos de la primera religión de los Griegos; lejos de esto, las ideas religiosas debieron sufrir múltiples transformaciones, antes de revestir las formas bajo las cuales aparecen en la *Iliada* y en la *Odisea*. La descripción que Homero hace de la vida de los dioses en el palacio de Zeus, en las cumbres del Olimpo, está seguramente tan lejos de ser fiel trasunto de los sentimientos y de las ideas que hacían elevar al antiguo Pelasgo su voz y sus manos hacia el Zeus que tronaba en medio de las encinas de Dódona, como el palacio de Priamo ó de Agamemnon, se diferenciaba de la cabaña que en la soledad de las selvas levantaba el primer colono para vigilar sus rebaños.

Las ideas religiosas de Homero adaptábanse perfectamente á una época, en que los más distinguidos y los más cultos se dedicaban al ejercicio de las armas y á discutir sobre los negocios públicos, esto es, á la época heroica. En la cima de las montañas septentrionales de Grecia, en el monte Olimpo, cuya cumbre se pierde en el espacio y parece llegar hasta el cielo, reina una familia de divinidades, á la que Zeus, su jefe, convoca á consejo cuando lo juzga oportuno, como Agamemnon convoca á los príncipes. Él conoce los decretos del Destino, y distribuye, en su calidad de rey de los dioses, dignidades y honores á los reyes de la tierra. A su lado están una compañera que participa de su poder y de su rango, y una hija valerosa que guía los ejércitos en la batalla, que protege las fortalezas y que es digna, por la prudencia de sus consejos, de la confianza que le dispensa su padre; cuenta además cierto número de hermanos y de hijos, cada uno de los cuales tiene una misión que cumplir en la casa y en la corte del dios. Pero el objeto principal de la solicitud de esta familia divina es velar por la suerte de los pueblos y de las ciudades, y especialmente por el buen éxito de las empresas y aventuras de los héroes, quienes, siendo en su mayor parte descendientes de los dioses, son á la par como el lazo de unión entre éstos y los demás miembros de la humanidad.

Estas ideas religiosas satisfacían sin duda por completo á príncipes como los de Itaca ó de cualquiera otro de los pequeños reinos en que la Grecia se hallaba dividida, que celebraban festines en el palacio del rey, y en cuya presencia un Femio cantaba recientes y heroicas aventuras; pero ¿qué valor podía tener esta religión á los ojos del simple labriego que necesitaba invocar la protección divina, cuando sembraba su grano, ó hacía la recolección de la cosecha; lo mismo durante los rigores del invierno que en los calurosos días del estío; y para quien debía ser un deber el dar gracias á los dioses por cada uno de los beneficios que de ellos recibía, y porque defendían sus rebaños y su trigo de los peligros que continuamente los amenazaban? Así como á la época heroica precedió en Grecia otra época que podríamos llamar pelásgica, en que el cultivo del suelo era la única ocupación de los pueblos, así también encuéntrase en esta misma época, restos y huellas de una religión, en la cual los dioses eran considerados como causas activas y eficientes de los fenómenos físicos y de los cambios de las estaciones. La fantasía,

siempre más vigorosa y crédula en la infancia de las naciones como en la de los individuos, complaciase en atribuir entonces los fenómenos del nacimiento y del desarrollo de las plantas, los fríos del invierno y los calores del verano, las condiciones peculiares, en fin, de cada comarca, al concurso ya propicio ya hostil de diversas divinidades. La mitología griega nos ha trasmitido gran número de leyendas, en las que brillan una ingenuidad y una sencillez encantadoras, y que proceden de la época en que la religión de los Griegos era una religión eminentemente naturalista. Las partes mismas de la mitología que se refieren al origen de la vida política, á las alianzas de los príncipes y á las empresas guerreras, hállanse plagadas de leyendas que no hablan de heroicas aventuras sino de fenómenos físicos y de accidentes y condiciones de la naturaleza. Pero más tarde, fueron olvidándose las antiguas creencias que establecían una relación íntima de los dioses con la naturaleza, y los pueblos sólo se preocuparon ya de las cualidades y de los actos de estas mismas divinidades, que mayor influjo ejercían en la dirección de la vida humana, en la administración del Estado y en las recíprocas relaciones de los hombres.

A menudo, las investigaciones modernas rompen la especie de velo que parece envolver estas leyendas y que ha hecho que permanezcan impenetrables á los ojos de los mitólogos más célebres de la antigüedad: pero así como los muros derruidos y cubiertos de yedra de un edificio, son testimonio de su origen remoto, así también la oscuridad y desnaturalización de estos mitos, producidas por el trabajo constante de los siglos, son clara y patente prueba de su mucha antigüedad.

Al examinar en la mitología griega las leyendas relativas á los fenómenos naturales y á los cambios de estación, encuéntrase una gran semejanza entre las religiones de la Grecia y las religiones del Oriente, en particular entre aquéllas y las del Asia Menor, tan cercana á la península helénica. De todas suertes, hay que convenir en que, desde sus albores, el genio griego se muestra más rico, más variado en sus formas, más libre, más noble que el de los Frigios y Lidios, sus vecinos por Oriente, y que el de los Sirios, adoradores de la naturaleza. En la religión de éstos, la unión y el contraste de dos seres (Baal y Astarté), masculino el uno, símbolo de la actividad productora, y femenino el otro, representante del principio nutritivo de la naturaleza; y las vicisi-

tudes de vigor y de debilidad, de vida y de muerte porque pasan estos dos seres, de los cuales el uno era celebrado con extática alegría, y el otro con lastimeros ayes, forman una especie de círculo vicioso, que necesariamente debía fatigar y adormecer el espíritu. Los Griegos, por el contrario, á pesar de la variedad de formas que entre ellos revistió la religión naturalista, reconocieron siempre un dios superior, el *dios del cielo y de la luz del día*, que tal es la verdadera significación del nombre Ζεύς, según lo demuestran las investigaciones de la filología comparada, que prueban que su raíz (*Diu*), tiene idéntica significación en la lengua india; esto mismo nos muestran las lenguas griegas y latinas en sus vocablos derivados de la misma raíz, los cuales conservan en su mayor parte carácter apelativo ¹⁾. Á este dios del cielo que reina en las alturas se halla unida, aunque no goza de su misma gerarquía, una diosa de la tierra, que recibe en diversos cultos los nombres de *Hera*, *Demeter*, *Dione* y otros aún más oscuros. El consorcio de estas dos divinidades, ó lo que es lo mismo, la unión del Cielo con la Tierra, era objeto de la fiesta más sagrada del culto de los Helenos. Mientras que otras divinidades, tales como *Apolo*, el hijo de la luz y *Athene*, que nació de la cabeza del padre en las alturas celestes, ayudan al dios del cielo á aniquilar con la fuerza de su luz los elementos hostiles, otros dioses reinan en las profundidades del suelo; y como todo lo que es vida no sólo nace de la tierra, sino que vuelve á ella, casi todas estas deidades tienen una relación más ó menos directa con la idea de la muerte; tales son *Hermes*, que extrae del seno de la tierra los tesoros de la fertilidad, y *Cora*, la hija, tan pronto arrebatada como devuelta á su madre, divinidad de la naturaleza floreciente y de la naturaleza moribunda. El agua tenía también su representación en *Poseidon* y el fuego en *Hephestos*, príncipe poderoso bajado

¹⁾ La raíz *Diu* aparece mucho más clara en el genitivo y dativo del nombre *Zeus*, Διός, Διϊ, donde la *u* ha tomado la forma de la consonante *F*, mientras que en Ζεύς, como en otros vocablos griegos, las letras *Di* se han cambiado en *Z* y la vocal se ha hecho larga. En la palabra latina *Jovis* (úmbrio *Juve*) la *D* delante de la *J* ha desaparecido, en tanto que se ha conservado en otros vocablos derivados de la misma raíz, como en *dies*, *dium*. [Es evidente que en varios dialectos griegos se usaba también la forma Δεύς. Véase á este propósito Ahrens *de dialecto aeolica* p. 175, *de dialecto dorica* p. 95 y G. Curtius *Griech. Etymologie*, p. 605. Por lo demás, de esta etimología, trata más extensamente O. Müller en sus *kl. Schrift.* vol. II, p. 88.]

del cielo, que reinaba sobre la tierra y que mantenía estrechas relaciones con la diosa nacida del cerebro de Zeus; aparte éstas, había otras divinidades secundarias y menos importantes en este sistema religioso, como *Aphrodite*, cuyo culto, procedente de Chipre y de Citere ¹⁾, según todas las apariencias, se extendió por toda la Grecia merced al influjo de las tribus siro-fenicias. Es también muy digno de estudio el culto que se tributaba á *Dionysos*, y que tenía mucha semejanza con la religión que dominaba en el Asia Menor. Propagado en el Norte por los llamados Tracios ²⁾, pero no gozando en otras comarcas de Grecia de la misma autoridad que el culto á los demás dioses olímpicos, quedó allá como aislado en las regiones septentrionales; no obstante, tiene cierta semejanza con el de Demeter y el de Cora. Pero aunque completamente aislado, no dejó de ejercer una influencia decisiva en la cultura de todo el pueblo griego, provocando en las esferas del arte y de la poesía especialmente, una serie de producciones, cuyo común carácter es una violenta emoción del espíritu, un vuelo más atrevido de la imaginación y una mezcla de voluptuosidad, de alegría y de dolor frenéticos.

Siendo, como son, los poemas homéricos la primera fuente de la historia interna y externa de Grecia, no sólo por los hechos que detalladamente refieren, sino por las alusiones que hacen á otros hechos anteriores; no sólo por lo que dicen, sino además por lo que no dicen, también en ellos se ve, si se los lee con atención, palidecer, y por decirlo así, desvanecerse la antigua religión naturalista ante las imponentes figuras de las divinidades de los tiempos heróicos. Los dioses del Olimpo apenas son ya representación de los fenómenos de la naturaleza. Zeus es el soberano, el rey, aunque también se le designa con los nombres, evidentemente transmitidos de un período más remoto, de dios del éter y del tiempo, y que se conservaron hasta épocas muy posteriores, en que todavía se decía en Grecia: ¿Qué hace Zeus? en lugar de ¿qué tiempo hace? ³⁾ En las diosas Hera y Athene y en el dios Apolo de los cantos de Homero, no se encuentra vestigio alguno de la relación que tenían estas divinidades con la fertilidad de

¹⁾ Herodoto, I, 105. [Véase Pausanias, I, 14, 7. 3, 23, 1.]

²⁾ [Véase cap. III.]

³⁾ Αἰθέρι ναίων, νεφεληγερέτης. [Véanse también; κελαινεφής, ὑψιβρεμέτης, τεραπικέρανος, ἀργικέρανος, στεροπηγερέτης, ἐριγδοῦποιος, ἐριβρεμέτης, ἀστεροπητής, βαρύκτυπος.]

los campos, con el estado de la atmósfera, con la llegada de la primavera, mientras que se hallan á cada paso en muchas tradiciones de estos dioses, y especialmente en los ritos y ceremonias de sus fiestas, donde por regla general se han conservado mejor los elementos más antiguos de los mitos. Hephestos, el poderoso dios del fuego del cielo y de la tierra, se convierte en un modesto herrero, que provee de armas á los demás dioses y á los héroes por éstos protegidos; mientras que Hermes, de quien algunas leyendas nos hablan como de una antigua divinidad rústica de los Arcadios ¹⁾, que fertilizaba los campos y protegía los rebaños, después de mil trasformaciones, llega á quedar reducido á un simple servidor de los dioses y mensajero de Zeus, que es como nos le presenta Homero.

Pero á aquellas divinidades que no tenían relación alguna, ó sólo la tenían muy remota, con los intereses de la vida humana, y particularmente con las hazañas y actos políticos de los príncipes, apenas las menciona Homero, jamás desempeñan un papel importante en los acontecimientos que narra, y lejos de esto, cuida siempre de proscribirlas del círculo de los dioses olímpicos; así, por ejemplo, en ningún pasaje de sus obras se encuentra á Demeter ocupada en ayudar ó salvar en el combate á ningún héroe favorito; no puede, sin embargo, inferirse de aquí que esta diosa llegara á adquirir su autoridad é importancia después de Homero, porque las muchas veces que de ella habla este poeta, cuando trata del cultivo de los campos, bastarían á declarar inadmisibles esta hipótesis. Sin duda esta diosa, cuyo nombre califica á la tierra de *madre*, ²⁾ fué adorada por los antiguos Pelasgos que la tributaron solemne culto; pero las ideas y sentimientos que despertaba el culto tributado á la madre (Demeter) y á la hija (Cora), á quien con dolor profundo perdía aquella todos los otoños, y á quien volvía á recobrar todas las primaveras, con alegría indecible, estas ideas y estos sentimientos eran muy distintos de los que inspiraban los demás dioses del Olimpo. Ahora

¹⁾ [De aquí la denominación de Κωλλήνιος que le da la *Odisea* 24, 1.]

²⁾ Δῆ μήτηρ, esto es, γῆ μήτηρ. *Según Schömmam en Cic. *de nat. deor.* 2, 26, 61, [Véase al mismo autor *Theog.* de Hesiod. p. 257] equivale á Δία μήτηρ, la diosa madre. Véase también sobre la etimología de γῆ á Preller, *Demeter und Persephone*, p. 366, y á C. Fr. Hermann, *de Daphnide Theocriti*. Gottinga, 1853, p. 24. [Impugna esta opinión sobre la etimología de γῆ Ahrens, *de dialecto dorica*, p. 80 y G. Curtius *Gr. Etymol.*, p. 484.]

bien, á medida que aquellas divinidades se apartaban más y más del círculo de estos dioses, las ceremonias de su culto fueron tomando, merced á esta especie de aislamiento, el carácter de *misterios* hasta tal punto que ya nadie podía tomar parte en dichas ceremonias y solemnidades sin admisión é iniciación previas. Estas y no otras fueron sin duda las razones que movieron á Homero á presentarlas como extrañas á la serie de dioses de que quería rodear á Zeus, y estas también las que le determinaron á no dar una parte activa en sus poemas á *Dionysos*, la segunda divinidad, en orden de importancia, del culto rústico de los Griegos; no obstante con frecuencia habla de él como de un dios que inspira el placer y la alegría, y á quien no puede ofenderse impunemente ¹⁾.

¹⁾ [*Iliada* 6, 130 á 140. 14, 323 á 325. *Odisea* II, 325. 24, 74.]